

Fernando Cortés estaban recogidas para casarlas (cosa que a los indios dio mucho sentimiento).

Francisco de las Casas, que había tratado primero con Rodrigo de Paz lo que le parecía que al bien de los negocios de Fernando Cortés convenía y que con él no halló el acogimiento que quisiera y viendo que la nueva de su muerte avivaba y que los escándalos de Mexico crecían y crecerían más si la fama de la muerte de Cortés salía verdadera, no teniéndose por seguro, acordó de irse con algunos que le seguían a Guajaca, adonde tenía un pueblo, con determinación de pasar en demanda de Cortés; aunque antes de partir, con libertad dijo su parecer a los que gobernaban, los cuales enviaron a quitar las velas a los navíos que estaban en Medellín para que no se pudiese avisar nada de lo que pasaba a Castilla y para más fundarse y entronizarse en el imperio. Donde a pocos días el factor y veedor enviaron a decir al tesorero y contador, que porque de ellos tenían sospecha, saliesen de la casa de Cortés, adonde todos estaban; obedecieron luego los dos oficiales y luego que salieron de ella, los dos que quedaron se apoderaron de todos los bienes de Cortés, afirmando que era muerto, y los depositaron en el tenedor de bienes de difuntos.

CAPÍTULO III. *Que prosigue el gobierno de Gonzálo de Salazar y Peralmíndez Chirinos; y cómo ahorcaron a Rodrigo de Paz, primo de don Fernando Cortés y alguacil mayor de esta ciudad de Mexico*



ODO LO SUSODICHO PASABA con grandes escándalos y alborotos de el pueblo; pero nadie era poderoso a remediarlo, porque andaban siempre trocándose las suertes, aunque sobre todas la de Gonzalo de Salazar, que (como parece) era el sedicioso y alboratador de la república, todo a fin de verse gobernador solo y sin consortes.

Muchos habían deseado de avisar a Fernando Cortés lo que pasaba en Mexico, y el capitán Francisco de Medina fue a buscarle; pero como todo andaba sin gobierno, los indios se desvergonzaban y matáronlo crudelísimamente en Xicalanco, hincándole mucha cantidad de rajuelas de tea por el cuerpo y poco a poco le quemaron, haciéndole andar alrededor de un hoyo (ceremonia de hombres sacrificados) y mataron a todos los castellanos e indios que iban con él; lo mismo intentó el capitán Diego de Ordás; pero siendo avisado de el suceso de Medina se volvió, y porque no le tuviesen por cobarde, dijo que Fernando Cortés era muerto, o porque así lo creyó, porque tal era la fama que entonces corría. Lo cual y los muchos trabajos en que andaba, de que se tenía noticia, confirmó tanto esta opinión que muchas mujeres hicieron obsequias a sus maridos; y nunca se pudo acabar con Gonzalo de Salazar que hiciese alguna diligencia para saber de Cortés y de los que iban con él, pues eran cristianos y andaban en ser-

vicio de el rey, siendo crueldad dejarlos perecer sin enviarles algún socorro; pero juzgando que le estaba bien la muerte de Cortés, iba de tal manera fomentando la creencia de ella que rigurosamente castigaba a quien decía lo contrario; antes mandó vender, en almoneda, los bienes de Cortés, que se dieron muy baratos y cuanto tenía Gonzalo de Sandoval y los capitanes y personas principales que iban con Cortés, y sacaron el oro que había dejado en guarda en San Francisco; y añadiendo mal a mal y olvidándose de el pleito homenaje que tenía hecho, prendieron a Rodrigo de Paz y con hierro y fuego le atormentaron para saber de los tesoros de Cortés y sobabaron el palacio hasta lo más hondo de los fundamentos para buscarlo; y por confirmar mejor su muerte en el ánimo de el pueblo, para que lo que se hacía no pareciese mal y porque le perdiesen el amor y respecto que le tenían, le hicieron unas muy solemnes honras en San Francisco (que entonces era la catedral) donde predicó un fraile, moderando mucho sus alabanzas, habiendo tanto que decir en ellas, temiendo de ofender a Gonzalo de Salazar, al cual, pareciéndole que era menos mal que muriese Rodrigo de Paz que dejarle tan ofendido y estropeado (porque con los tormentos se le cayeron los dedos de los pies y el fuego le comió hasta los tobillos) le ahorcó, so color que había alborotado el pueblo y se quería levantar con tierra y apellidar libertad.

Estando Rodrigo de Paz en manos de el verdugo, llegó Gonzalo de Salazar y le ofreció la vida si declaraba los tesoros de Cortés, haciendo pleito homenaje de cumplirlo, porque daba color a su tiranía con la protección de la hacienda real; con lo cual y con prometer riquezas a todos engañaba al pueblo que, ligeramente, con vanas esperanzas, acudía a cuanto se le ordenaba. Respondió Rodrigo de Paz que no tenía tesoros y que pedía que dijese a Cortés que le perdonase por haber dicho, con el rigor de los tormentos, que se los había llevado consigo, no siendo verdad. Y sin embargo de la apelación que de esta sentencia había hecho, le ahorcaron con general sentimiento de el pueblo.

Habían vuelto a prender a su hermano Pedro de Paz, por complacer al contador Albornoz; pero soltóse de la cárcel y salvó la vida, metiéndose en San Francisco. Crecía el arrogancia de Salazar y de su compañero Peralmíndez, porque daban y quitaban los indios, repartían la tierra, ponían y quitaban oficiales a su gusto y en todo procedían absolutamente. Enviaron por Francisco de las Casas, Gil González y Diego Hurtado de Mendoza, que estaban ausentes y les hicieron proceso y condenaron a muerte por haberla dado a Christóbal de Olid, en Honduras; y por intervenir ruegos muchos de religiosos y caballeros de la ciudad, les otorgaron la apelación y luego los enviaron a la Vera Cruz y, con el proceso, los embarcaron en un navío para Castilla y en él enviaron a Juan de la Peña, criado de Gonzalo de Salazar, con doce mil pesos de oro para el rey, muchas joyas y ricos presentes para sus amigos; pero como iba por tan malos medios y todo enderezado a peores fines, permitió la rectísima justicia de Dios que juntamente con las cartas que llevaban se perdiese en la isla de el Fayal, aunque se salvaron las personas.

Iban las cosas de mal en peor, y la arrogancia de Gonzalo de Salazar y Peralmíndez creciendo, y a tanto llegó (teniendo amedrentado y atemorizado el pueblo) que convocando una general congregación de la gente de la ciudad, en ella hicieron declarar por ningunos los poderes que tenían de Fernando Cortés y se hicieron proveer de el pueblo por gobernadores. Quitaron luego todos los tenientes de los consejos, los regidores y los demás oficiales y pusieron otros de su mano, publicando que aunque Fernando Cortés fuese vivo y volviese, no le recibirían, sino que lo habían de ahorcar.

Para más confirmarse en este imperio daban largamente repartimientos, premiaban a todos y en especial a los que les parecía que les podían ayudar y favorecer y a los que más desvergonzados e insolentes se mostraban. Ordenaron con los procuradores de los consejos que se quitasen en España los dos que estaban por orden de Cortés, que eran Francisco de Montejo y Diego de Ocampo y proveyeron en su lugar a Bernardino Vázquez de Tapia y Antonio de Villarroel, que no eran favorables a las cosas de Cortés. La persecución de todos los capitanes y personas principales que seguían a Fernando Cortés fue grande, porque a unos prendieron, otros se huyeron a los montes y otros se retrajeron a San Francisco. A todos quitaron los repartimientos y las haciendas y cuando embarcaron presos a Francisco de las Casas y Gil González, sacaron de San Francisco algunos, para enviarlos en el mismo navío; y el santo custodio fray Martín de Valencia puso entredicho; y visto que Gonzalo de Salazar no respetaba las censuras, tomó todas las cosas sagradas y juntamente con sus frailes desamparó el monasterio.

Este escándalo movió algo a Gonzalo de Salazar; y aunque muy sentido de los frailes, envió tras ellos (que se iban a Tlaxcalla) y los hizo volver y restituyó los presos, y se hizo absolver, con poca reverencia de la iglesia, diciendo muchas injurias y libertades de mal ejemplo; de donde se podrá inferir lo que se podía esperar de conciencia, que en esto se ponía con Dios y con sus ministros.

La muerte de Fernando Cortés era la que más deseaba que se creyese; y afirmaba que los indios lo habían sacrificado y que lo haría bueno, siempre que conviniese. Decíanle sus amigos que era muy justo que se tuviese respeto a las cosas de hombre tan benemérito y a lo que el rey mandaba que fuese honrado y respetado. Respondía que ni el rey sabía lo que se mandaba, ni los de el consejo lo que se hacían; y muchas veces publicaba que tenía orden para prender a Fernando Cortés y dio permiso a muchas mujeres, de las que fueron con él a la jornada, para que se volviesen a casar y a otras lo persuadió, sin haber otra nueva que ninguno de sus maridos fuese muerto, por confirmar con esto mucho más en los ánimos de los hombres la muerte de Fernando Cortés. Y por contemplación de dos mujeres casadas, que Gonzalo de Salazar y Peralmíndez tenían por amigas, a las cuales disimularon algunas insolencias muy dignas de ser castigadas, y a sus maridos ocupaban en comisiones fuera de Mexico y les dieron ricos repartimientos.

Antonio de Herrera, en su *Crónica general de Indias*,¹ añade a estas cosas dichas, en que ambos concurrimos, otras que cierto no sé cómo se pasaron por alto, y no se hizo (siendo como debieron de ser, verdades) justicia de tal hombre; dice, pues, estas palabras formales: de la real hacienda se tenía poco cuidado, porque desde que comenzaron estas pasiones nunca Gonzalo de Salazar y Peralmíndez hicieron sus oficios, ni consintieron al tesorero que hiciese el suyo, ni se hizo fundición; antes quitaron la gente castellana que andaba en las minas y la llevaron a Mexico, por estar más fortalecidos, y el oro de el quinto real y todo lo demás perteneciente al fisco, de que se había de hacer cargo el tesorero, se lo tomaron, no teniendo mayor cuidado que de tratar de el gobierno y de gozar de el imperio.

Enviaron otros dos criados suyos a Castilla con muchas joyas para sus amigos, sin quintar, so color que venían para el rey. Cuando vendían la hacienda de Fernando Cortés, como bienes de difunto, fueron advertidos de el tesorero que debía sesenta mil ducados al rey, para que se cobrasen; respondieron que había muchos acreedores anteriores y que apenas bastarían los bienes para pagarlos. Enviaron a todas las provincias a pedir el oro y joyas que tenían los señores y les escudriñaron las casas y se las tomaron por fuerza con todas las alhajas de plumería y riquezas que tenían, haciéndoles mal tratamiento (cosa que sintieron mucho) y si la esperanza de que Fernando Cortés era vivo, no les pusiera reportación y freno, se alzarán y con todo eso se fueron muchos, desesperados, a los montes, desde donde salían a los caminos y mataban los cristianos; y en un solo pueblo mataron quince y mucha parte de el Mar de el Norte se alteró. Decían públicamente Salazar y Peralmíndez, que el rey no había menester que llevasen tanto oro de Nueva España; que pues no le llevaban más de veinte mil ducados de el reino de Nápoles, les bastaban otros tantos, porque más le cumplía tener aquella tierra corazones de hombres; y Francisco Bonal, alcalde de la Villa Rica, dijo muchas veces, en presencia de muchas personas, que tenía un mandamiento en que Gonzalo de Salazar le ordenaba que prendiese a cualquier juez de el rey que allí llegase y le volviese a enviar a Castilla. Hallóse en un edificio de Mexico, a manera de torre, mucha cantidad de oro; pidiólo el tesorero Alonso de Estrada, diciendo que pertenecía al rey; pero Gonzalo de Salazar no lo quiso dar, diciendo que era suyo, porque el edificio confinaba con las casas de su morada. Rodrigo de Paz dejó por su heredero al contador Albornoz, no se supo con qué fin, habiendo sido su enemigo y de su hermano; y queriendo tomar la posesión de ciertos bienes, no se lo permitió y dijo que todo era suyo.

¹ Dec. 3. lib. 6. año de 1524.